

a Aristóteles" (p. 160); c) "El defecto principal de la *Philosophía antigua poética* es el común al crítico aristotélico del Renacimiento. El intento de fusionar la teoría antigua y moderna crea dificultades a la vuelta de cada esquina" (p. 160), si bien el equilibrio del Pinciano "le salva de imponer un dogma inflexible de neo-aristotelismo sobre la teoría literaria" (p. 161).

En la tercera parte (unas 50 páginas), Shepard pasa revista a la teoría poética expuesta por Cascales y por González de Salas, nombres a los cuales une los de Lope de Vega, Juan de la Cueva, B. L. de Argensola, Luis Carrillo y Sotomayor y Cervantes para mostrarnos las contradicciones y coincidencias que se dan entre la teoría clásica, la neoclásica y la literatura nacional. Si en tan breve espacio ha podido hacer esta interesante y reveladora revista, ello se debe a que el tema ha quedado sólidamente preparado por el extenso estudio previo dedicado al Pinciano, que es, desde luego, el meollo del libro.

Aunque echamos de menos títulos como *Alonso López Pinciano y la estética literaria de Cervantes en el "Quijote"*, de J. F. Canavaggio (1958), y la *History of literary criticism in the Italian Renaissance*, de B. Weinberg (1961), la bibliografía final es de suma utilidad. En resumen, Shepard logra muy eficazmente su propósito de hacernos ver "la autoridad alcanzada por el movimiento aristotélico y su validez en España durante el Siglo de Oro".—CARLOS ORLANDO NALLIM (Universidad Nacional de Cuyo).

ÁNGEL C. VEGA, O. S. A., *Cumbres místicas: fray Luis de León y San Juan de la Cruz*. Aguilar, Madrid, 1963; 280 pp. (Col. *Ensayistas hispánicos*).

El subtítulo de este libro, *Encuentros y coincidencias*, nos manifiesta ya el motivo que llevó al autor a escribirlo: ha querido, en efecto, exponer las supuestas, posibles y tangibles relaciones e influencias entre los dos preclaros poetas. Recoge para ello los más diversos textos de uno y otro, confrontación en la cual, forzosamente, los límites han debido ser lo bastante flexibles para abarcar puntos de vista que entran de lleno en la teología, la ascética, la mística, la moral, y que nos alejan del enfoque literario. Para el P. Vega, fray Luis es místico y de los grandes, "tal vez el último gran místico de nuestra Edad de Oro", si bien se apresura a explicar que es un místico "doctrinal", ya que "es cosa no tan clara" que lo haya sido experimental. "No sabemos —dice en otro lugar (p. 62)— si San Juan de la Cruz fue discípulo de fray Luis de León. Se afirma con frecuencia y casi con unanimidad; pero no hallamos prueba convincente de ello".

Varios y extensos capítulos se dedican a explicar arduos problemas tales como la vocación de la santidad, los grados y la naturaleza de la ascensión, la noche mística, la unión, el matrimonio espiritual. Ocasiones todas para que el crítico muestre su erudición y nos lleve a las fuentes, desde las antiguas, como la Biblia y la patrística, hasta las más inmediatas, como Santa Teresa, a través de las intermedias, como Santo Tomás y los místicos alemanes del siglo xiv, sin olvidar algunas tan imponderables como la mística musulmana. En el capítulo dedicado al Cantar de los Cantares, sólido y documentado como todos, hay un juicio demasiado tajante que nos sorprende y que creemos muy discutible: dice que la influencia del Cantar sobre el *Cántico espiritual* y sobre la obra toda de San Juan de la Cruz "no es tan capital como ordinariamente se dice, ni ha ejercido en la marcha de su pensamiento una orientación propia y característica" (p. 170). Partiendo de la base de que fray Luis y San Juan "son platónicos de simple matiz o tendencia, el uno cons-

cientemente y en grado discreto, el otro inconscientemente, pero más hondamente en realidad" (p. 176), analiza las relaciones entre "Misticismo y platonismo", como intitula el capítulo 13. Al finalizar el siguiente examina el problema de la procedencia de la lira en ambos poetas, y hace un parangón entre la forma estrófica de la *Llama de amor viva* y la que se adopta en 1576 en la versión castellana de Jacopone da Todi. Del capítulo "Misticismo y música" importa destacar el interés con que el autor estudia el elemento musical, básico en la lírica de ambos poetas ("coincidencia admirable de los dos grandes vates místicos, no sólo en su amor y afición a la música y el canto, sino también y sobre todo en sus apreciaciones, como instrumento de perfección espiritual", p. 255).

La bibliografía final, aunque "escogida" y "supletoria", suma unos ciento cincuenta títulos.—CARLOS ORLANDO NALLIM.

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA, *El gran Duque de Gandía*. Publié d'après le MS. de Mladá Vožice, avec une introduction, des notes et un glossaire par Václav Černý. Nakladatelství Československé Akademie Věd, Praha, 1963; 212 pp.

Esta versión poética de una parte (1539-1550) de la biografía de San Francisco de Borja se había dado por perdida, a pesar de constar en la lista de obras suyas que Calderón entregó al Duque de Veragua en junio de 1680, y de haber sido mencionada dos veces por Vera Tassis: como "suelta" en 1682; y en 1691, como una de las piezas que formarían la *Parte décima* ("parte" que nunca vio la luz). Durante los casi tres siglos siguientes se mantuvo como simple recuerdo o rumor esa dramatización de la vida y hechos del tercer General de la Compañía de Jesús, hasta que en 1958 una comisión de la Academia Checoslovaca de Ciencias dio con una copia de la obra entre otros manuscritos españoles que en un tiempo pertenecieron a los Condes de Kuenburg.

Según el editor, la fecha de composición de *El gran Duque de Gandía* es 1671, año en que Clemente XI canonizó al célebre jesuita. En efecto, se conservan intactos los dos entremeses y la loa que acompañaron primitivamente a la comedia, y en estas piezas secundarias se notan alusiones más claras a los festejos que en la obra principal (sátira contra los poetas que pretendían aplicar su mediocre talento a la gloria del nuevo santo; aparición alegórica de Ganimedes y el Águila, alabanza de las dos dinastías de la Casa de Austria, empeñadas a la sazón en secretos negocios diplomáticos). Observa el editor que fueron los familiares del embajador austriaco Harrach quienes llevaron el ms. a Bohemia.

Los datos históricos utilizados por Calderón proceden de la *Vida* del santo por el P. Ribadeneira. Allí leyó que el Duque, antes de su conversión, era aficionado a la caza, y que él y el Emperador se interesaban por la astronomía, noticias que el dramaturgo aprovecha respectivamente para la hermosa oda a la cetrería que el Duque recita a sus hijos, y que éstos tienen que descifrar como jeroglífico de la vida humana, y para la larga explicación de los eclipses que hace el héroe a su amigo el Emperador. Dice en ella (I, 750) que "la tierra estorba", profetizando así su propio destino: lo cotidiano y terrenal le estorba en su vocación. (Se hubiera podido establecer aquí un paralelo con el incidente amoroso de Don Carlos, hijo del Duque, en el carnaval: los disfraces "estorban" también la percepción de la verdad; y la